

«Yo no podré decirte cuánto llevo luchando  
Para que mi palabra no se muera ...»

Pero más arriba había dejado escrito:

«Nunca han de comprender que si mi lengua  
El mundo cantó un día, fué amor quien la inspiraba».

Confiesa el tormento de luchar con una voz que teme se extinga. Y nos dice la raíz en que nació y vivió su poesía: amor, escrito de una manera u otra: pasión, desesperanza, ceguera, vaguedad.

Entre los poemas que más se destacan, se encuentran «Góngora», «La familia», «A un poeta futuro», «Quetzalcoatl», y aquel maravilloso, hecho de sueño y greda, de realidad y deseo: «El indolente», que cubre todo el libro.

Los demás recuerdan muy de cerca los poemas escritos durante la guerra civil. Uno de ellos, «Las ruinas», vive en la voz de Rodrigo Caro. Otro «El cementerio», nos parece una variante —acertada, claro está, pero no superior— de «Cementerio de la ciudad», poema colocado en su anterior libro.—MIGUEL ARTECHE.

«ESTRUCTURA DE NUESTRA ECONOMÍA» DE FRANCISCO A. PINTO  
Por Julio César Jobet.

El año pasado salió a luz el libro «Estructura de nuestra economía», impreso con su acostumbrado primor por Editorial del Pacífico, de nuestra capital. Esta obra se suma, con singular relieve, a los varios volúmenes de calidad conceptual que ha entregado esta joven y prestigiosa empresa. A pesar del año transcurrido desde su aparición, el ensayo que motiva el presente artículo no ha merecido comentarios periodísticos de considera-

ción, como debiera haber sucedido, dado el interés extraordinario de sus diversos y nutridos capítulos, todos ellos de resonancias y gravitaciones actualísimas, en estos instantes en que se habla excesivamente del proceso de «revolución industrial» en que se encontraría empeñado el gobierno. Precisamente, el libro que indicamos hace un completo balance de la realidad económica nacional, a la vez que señala las líneas esenciales de una nueva política que permita una verdadera y fecunda «revolución industrial» chilena.

El autor, señor Francisco A. Pinto, se demuestra un experto conocedor del desarrollo histórico y del estado actual de la economía del país, del mismo modo que poseedor de un método lúcido de exposición y crítica. En la formulación de un plan económico moderno revela un criterio seguro y realista, resultado de una comprensión perfecta de la existencia y de las posibilidades de Chile y su pueblo. Por otra parte, la seriedad del trabajo cumplido por el señor Pinto se evidencia en la vasta y variada bibliografía que ha utilizado. Las mejores obras nacionales sobre la materia, las estadísticas oficiales, los informes a las Cámaras y sus debates, las memorias ministeriales, las obras de expertos y observadores extranjeros, las publicaciones de gobierno, todo ha sido consultado y aprovechado inteligentemente por el autor.

Carecíamos de una visión de conjunto, seria y completa, de la realidad económica de Chile. Sólo existían libros parciales, o monografías limitadas, excelentes en su género, pero de todos modos, restringidas (Fernando Illanes: «La economía chilena y el comercio exterior»; Ignacio Aliaga: «La industria del cobre y la economía nacional»; Corporación de Fomento de la Producción: «Renta Nacional»; Ministerio de Agricultura: «Plan Agrario», etc.). La obra de F. A. Pinto llena el vacío anotado y nos entrega una síntesis vigorosa y acertada del proceso económico nacional en lo que es y en lo que debe ser.

Para nosotros ha sido de especial agrado la lectura de tan certero ensayo, pues lo hemos apreciado como el cuadro de con-

creción de los resultados a que hemos llegado en el análisis extenso, aunque sintético, del desarrollo económico-social de Chile, desde mediados del siglo XIX hasta 1938, cuando sube al poder la conjunción política del Frente Popular; análisis emprendido y llevado a cabo con el objetivo de poner de relieve el atraso económico pernicioso de nuestro país, el carácter heterogéneo de su estructura económica y el divorcio doloroso que existe entre las disposiciones de su avanzada legislación y la realidad efectiva de miseria y explotación, a la vez que el señalamiento de las causas y formas que han determinado el origen de tan lamentable trayectoria y panorama.

En este libro de F. A. Pinto, en un lenguaje moderado y sereno, está hecho el balance escueto, preciso y veraz, de la situación dramática del país como resultado de más de cien años de control de la vida económica por una reducida clase poseedora de los medios de producción, en su exclusivo y egoísta beneficio. Asimismo, están expuestas las líneas fundamentales de una nueva política económica, que, conociendo esta cruda realidad y abarcándola en su total complejidad, plantea reformas y medidas acertadas para iniciar la transformación y reestructuramiento económico-social de nuestra patria tras nobles perspectivas de grandeza material y bienestar colectivo.

En nuestro estudio sobre el desenvolvimiento histórico nacional llegamos a la conclusión que Chile no tiene una estructura económica y social homogénea, pues en ella se entrelazan las formas y relaciones de producción feudales, derivadas de la Conquista y Colonia, con las formas y relaciones de producción capitalista desarrolladas por la burguesía nacional y la penetración imperialista. Sus características son las de un país semifeudal y semicolonial. Subordinación de la economía del país a la minería, dominada en su casi totalidad por el capitalismo extranjero; atraso feudal de la explotación agraria debido al predominio del latifundio; industria reducida, localizada y de sostenimiento artificial, que no labora materias primas nacio-

nales y vive a la sombra de aranceles prohibitivos, con una predominante tendencia monopolista; moneda en desvalorización constante, a causa de la errada política monetaria imperante; carencia de una acción económica coordinada y eficaz del Estado, son los rasgos que retratan justamente la economía nacional y de aquí que sea increíble el contraste existente entre el adelantado desarrollo jurídico-institucional del país con su atrasada y misérrima estructura económica.

El libro de F. A. Pinto desmenuza técnica y eruditamente cada uno de los aspectos indicados en capítulos de gran riqueza de datos y números. Demuestra que la economía chilena depende fuertemente de su comercio exterior, manteniendo un cuadro de relaciones que la definen como una economía semicolonial, pues, si es verdad que posee su independencia política, los vínculos económicos con las naciones industriales son de tipo colonial; señala como la minería, que constituye uno de los puntales decisivos de la economía nacional, es controlada por los grandes consorcios internacionales, provocando en su organización y resultados situaciones que no concuerdan con los intereses patrios y advierte que, a pesar de ser buenas las perspectivas de la gran minería, puede esperarse, el plazo prudencial, un descenso en el precio y ventas de cobre, mineral sobre el cual descansa fundamentalmente la economía chilena en el presente (a un año de haberse publicado este libro los hechos corroboran su temor: el cobre ha experimentado una baja de cinco centavos por libra, lo que representa una pérdida, para Chile, de 20 millones de dólares anuales, y su tendencia a bajar persiste). Y un dato más: el Estado chileno no tiene ninguna participación efectiva en esta industria de tanta trascendencia para la economía general del país; se desenvuelve como un elemento independiente y ajeno a la realidad de la nación, de tal modo que Chile no sabe nada de los costos, mercados y otros resortes esenciales de una industria cuyos auges y depresiones repercuten en forma gravísima en los

niveles de ocupación, de consumo, rendimiento de tributación y en el activo de nuestra balanza de pagos.

Al estudiar nuestra economía agraria demuestra abundantemente que la producción agrícola es insuficiente para las necesidades del país; se logra con altos costos, a causa de los métodos atrasados de trabajo y escasa mecanización, lo que, además, se traduce en bajas condiciones de vida de los trabajadores del campo. Y la causa original de la deficiente producción agrícola radica en el defectuoso régimen de propiedad de la tierra, al predominar el latifundio.

En su análisis de la actividad industrial llega a la conclusión que no está montada sobre el cimiento natural de nuestras materias primas básicas; hierro, cobre, salitre, lana, madera, sino con materias primas ajenas, de tal suerte que es dependiente del extranjero por ese capítulo y en lo que respecta al equipo mecánico. Además, trabaja con reducidos capitales, deficiente mecanización y en pequeñas unidades de producción; dispone de un limitado mercado interno, por las bajas condiciones de vida de la masa asalariada, y carece de mano de obra especializada o técnica. Sin embargo, su rentabilidad ha sido elevada a causa del alto nivel general de precios, utilizando su posición privilegiada por su monopolización y protección estatal, con sacrificio evidente de la masa consumidora del país.

Al enfocar el régimen monetario o financiero, aparte de destacar el hecho, de todos conocidos, de su progresiva y permanente desvalorización, reflejo de las debilidades estructurales de nuestra economía, estudia a fondo el fenómeno que lo envuelve: la inflación, para llegar a la afirmación innegable de que los fenómenos de desvalorización e inflación son el resultado lógico del caótico e injusto régimen económico imperante y caracterizado por la dependencia casi absoluta a un par de productos mineros en manos de consorcios capitalistas extranjeros, la deficiente producción agrícola y la marcada debilidad industrial. Mientras no se solucionen las fallas fundamentales de la estructura del

sistema económico nacional no será posible poner término al mal de la inflación, mal endémico de nuestro país por las razones anotadas.

Frente a este triste balance ¿cuál ha sido el rol del Estado? Si se examina su intervención a través del análisis de la Ley de Presupuestos, que debiera ser el cauce principal para una acción eficaz y creadora, el señor F. A. Pinto, anota los defectos visibles. Afirmar, con toda justicia, que ha habido una total falta de orientación que guíe la acción del Estado en función de objetivos precisos, aprovechando para ello todos los recursos públicos; ha habido una deficiente distribución de los gastos del Estado, con una cuota exagerada de inversiones no reproductivas, tanto entre los diversos servicios públicos como en la naturaleza de los gastos, en que la casi totalidad se absorbe en consumos; y no ha existido una política tributaria justa, pues la obtención de los ingresos públicos no atiende a la equidad, es decir, no considera la condición social de los contribuyentes, ni tampoco está orientada con el fin económico de lograr una mejor distribución de la renta nacional.

Del análisis hecho por el señor F. A. Pinto sobre nuestra estructura económica se desprende nítidamente que nuestras clases gobernantes no han conseguido desarrollar, en lo económico y social como tampoco en lo político y cultural, la totalidad de sus posibilidades como clases dominantes. De ahí, las contradicciones de fondo que dificultan toda acción técnica y fecunda para impulsar un efectivo progreso. Las clases dirigentes, tomadas en su conjunto, se encuentran social y psicológicamente retrasadas en el campo de las rápidas exigencias y transformaciones de la economía moderna. No han sabido echar las bases de una economía creada para el servicio del hombre, cuyo objetivo sea el aumento de la producción con el propósito de disponer de las riquezas necesarias para satisfacer todas las necesidades de la población, según una equitativa distribución.

En un ensayo que publicamos tiempo atrás decíamos, al

enfrentar la situación señalada, que la solución a este atraso es el establecimiento de un régimen que pueda trazar una política económica y social moderna, cuya línea de fondo abarque una planificación integral, o sea, que comprenda el total de la vida económica en todas las fases del proceso y en todas sus modalidades, controlando y dirigiendo las diversas actividades privadas y promoviendo la transformación de las bases estructurales de la economía nacional. Solamente una planificación económica de esta especie puede realizar el aprovechamiento intensivo de nuestros recursos naturales y asegurar el alza del nivel de vida de las masas. Podemos afirmar que, a la luz del desarrollo histórico del país, esta época es el momento de tránsito de una economía semi-feudal y semicolonial, orientada con criterio liberal-capitalista «a una economía superior, planificada, de espíritu y orientación socialistas, tendiente a superar el atraso imperante y con una finalidad de servicio social. El proceso económico ligado a la acción de las grandes masas trabajadoras tiende al reestructuramiento económico-social del país por medio de una economía planificada de Estado, como transición hacia un sistema socialista, para cumplir los objetivos que las clases dominantes hasta ahora han frustrado. La economía de Estado, en su primera fase, supone una amplia reforma agraria y una vasta industrialización, como un proceso dialéctico que comprende simultáneamente el incremento cuantitativo de las fuerzas productivas y la transformación cualitativa de la estructura económica, con lo que el Estado y el Derecho adquieren una nueva definición.».

Las líneas anteriores, en su esencia, están en perfecta concordancia con las ideas que formula el señor Francisco A. Pinto en la parte constructiva de su obra. En efecto, después de exponer y criticar las diversas soluciones parciales, de tipo liberal, que se han propuesto para reajustar la economía del país, se inclina francamente por una solución de fondo, de tipo social, que concentre todas las energías y esfuerzos nacionales en aquellas medidas que tiendan a reformar la estructura del país, para ha-

cer desaparecer los males congénitos a nuestra economía actual e indudablemente, dentro de un régimen nuevo que exprese estos anhelos. Sólo un Plan orgánico, en el cual se precisen los objetivos finales y próximos que se buscan obtener, los medios que se emplearán y los recursos humanos, financieros, técnicos y mecánicos que se destinarán a la acción reformadora, puede salvar los escollos de la actual realidad caótica del país e iniciar el proceso de progreso que todos anhelamos. El señor Pinto señala como objetivos de un Plan económico, en estricta concordancia con la realidad chilena estos cuatro, aunque en estrecha interdependencia y precisando, de todas maneras, que para Chile el primero es condición previa para lograr los otros tres: 1. Aumento cualitativo de la renta nacional (o sea, el país debe concentrar sus esfuerzos productivos en aquellos rubros que le signifiquen positivo mejoramiento humano y económico, lo que supone dedicarle una atención preferente al desarrollo de los grandes rubros económicos: a) de los productos o artículos destinados a satisfacer necesidades esenciales de la población: alimentación, vestuario y vivienda; b) el desarrollo de aquellas producciones que, por la condición natural del país, constituyen «rubros legítimos» de la economía chilena, o sea, aquellos en que la disponibilidad de materias primas y demás elementos necesarios, aseguren una producción nacional y de bajo costo, que, a su vez, garantiza su colocación en el mercado nacional y extranjero, permite facilidades en su industrialización y representan un valor económico apreciable, tales como: la siderurgia, las manufacturas del cobre, la madera y el carbón, la química y la pesca.—2. Estabilidad de la renta nacional (o sea, fortalecimiento de la economía interna del país, por el desarrollo de la llamada legítima producción chilena, que la diversifique sobre bases de mejor rentabilidad y la aleje del eje único que representan hoy las exportaciones de cobre y salitre, lo que le hace depender, prácticamente, de un solo mercado, Estados Unidos, y darle una marcada inestabilidad, para permitirle, por el con-

trario, el intercambio positivo, amplio y favorable con los diversos países, al disponer de una variada producción exportable, creando un comercio internacional estable y equitativo.—

3. Ocupación plena y óptima de la población y de los recursos (o sea, es indispensable que los miembros de la comunidad participen activamente en el esfuerzo productivo, que significará cubrir las necesidades sociales; por lo que en un planeamiento justo es de capital importancia asegurar un nivel de ocupación plena, es decir, que ningún individuo permanezca sin trabajo; y, también, que la población activa trabaje en aquellas labores en que su esfuerzo significará un máximo de productividad.—

4. Distribución equitativa de la renta nacional (es decir, atender a la justa repartición de los beneficios del proceso productivo, puesto que es imperativo innegable el de que la acción económica debe asegurar a todos los habitantes una cuota de la renta nacional que le permita hacer frente a sus necesidades primordiales. De ahí un objetivo esencial del Plan Económico en Chile: eliminar las injusticias del actual régimen de repartición que consagra anomalías sociales y humanas y serios trastornos económicos).

Junto con señalar estos objetivos precisos, el señor F. A. Pinto, esclarece que si bien ellos representan el medio más directo para un mejoramiento de nuestra economía, no llegan en sí mismos a constituir el fin de la acción económica. Se requieren otros objetivos más amplios para que los bienes y servicios logrados por el mayor desarrollo de la economía beneficien al elemento humano a que están destinados. En efecto, lo que interesa es tener presente que un volumen abundante de bienes y servicios constituye la condición primordial para que la comunidad pueda satisfacer todas las necesidades humanas y no sólo su subsistencia vegetativa.

Este oportuno esclarecimiento coincide con el criterio de Alejandro Venegas, quien en la parte constructiva de su obra notable, «Sinceridad», al enfocar las reformas que deberían lle-

vase a cabo en Chile, para transformarlo y modernizarlo, advierte previamente que ha llegado el tiempo «de que los estadistas se convenzan de que su obligación no es hacer poderoso al país, como tampoco lo es hacerlo agrícola, o minero, o comercial, o fabril, porque todas estas cosas son medios y no fines... El ideal del gobernante debe ser conseguir la felicidad de su pueblo y ésta no se alcanza sino libertando a todos los ciudadanos de la esclavitud económica en que le tienen las leyes, que hoy rigen la sociedad, y de la esclavitud moral a que le tiene condenado la ignorancia».

Se detiene, luego, el señor Pinto, en el análisis vasto del fin más urgente del Plan Económico, esto es: ¿cómo obtener el incremento de la renta nacional? Y para ello lleva a cabo una completa investigación sobre la capitalización actual del país: acerca del mayor rendimiento que se podría lograr de esa capitalización por la mejor inversión de los excedentes de rentas; por la acertada utilización de los recursos del crédito, de los fondos de previsión y de las entradas fiscales; por el máximo aprovechamiento de los saldos de nuestra balanza de pagos; y por el mejor rendimiento del trabajo humano. En seguida, pasa a señalar los rubros principales que constituirían recursos para la capitalización nacional, tales como elevación de tributos (el actual régimen tributario del país es sórdido e injusto, de tal modo que su revisión y reajuste a base de la progresividad y orientado hacia el tributo directo suministraría grandes recursos sin dolores ni injusticias), control e inversión racional de las disponibilidades de nuestra balanza de pagos a la vez que enmienda de diversas anomalías perjudiciales existentes en este campo: aprovechamiento de empréstitos externos e incorporación de capitales extranjeros, que bien invertidos representan una positiva ventaja en los esfuerzos de fortalecimiento económico (aquí verifica un análisis valioso sobre las posibilidades y condiciones en que los empréstitos y capitales extranjeros serían recursos reales de capitalización). Después del estudio de los recursos

para la capitalización del país, el señor F. A. Pinto, termina su completo trabajo con un substancioso capítulo en el que indica los rubros que, dentro de un Plan Orgánico, constituirían el destino de esa capitalización nacional. Al enfocar la inversión adecuada de la capitalización enumera las actividades de mayor trascendencia para el desarrollo económico del país en las cuales deben colocarse los mayores esfuerzos y medios: siderurgia, industria del cobre, vivienda popular, industria maderera, alimentación, industria de la pesca y energía eléctrica. Desarrollando estos rubros Chile lograría solucionar sus más angustiosos problemas y establecer una economía moderna, próspera y en progreso ininterrumpido. F. A. Pinto en su magnífico libro realiza una tarea de esclarecimiento altamente valiosa y brillante; constituye un manual indispensable de orientación en el intrincado dédalo de nuestra heterogénea y anticuada economía a la vez que una ruta seria y realista en un intento de creación de un bien fundamentado plan económico que contenga los elementos necesarios para obtener una elevada capitalización humana y económica, que haga posible, a su vez, la transformación progresiva de Chile.

Termina su libro con las siguientes palabras: «Para obtener lo deseado será necesario, como hemos dicho, abordar los problemas fundamentales, que miran a la estructura misma de nuestra economía. La sola formulación de este objetivo, sobre el cual debieran concentrarse las voluntades y los recursos del país, nos demuestran la dificultad de la empresa. Hay aún muchos sectores de Chile, que parecen ignorar la urgencia de reformas profundas en nuestra organización económica; unos por ignorancia y otros por egoísmo, creen que pueden mantenerse viejos moldes. Sin embargo, el hondo clamor de todo un pueblo, y el advenimiento de orientaciones más justas, que dan primacía a los requerimientos del hombre y del espíritu por sobre los del lucro, hará, que hagan camino directivas como las señaladas. Es esa la tarea de esta generación».

Recomendamos sinceramente la lectura de este libro instructivo, del que apenas hemos conseguido dar un débil resumen, insinuador de mínima parte de su gran riqueza en observaciones e ideas renovadoras. Lo estimamos un libro de esclarecedor contenido y, por ello, de permanente consulta.—J. C. J.



«LOS 21», por Augusto d'Halmar.—Nascimento, 1948

Por algunos meses tuvimos este libro, intacto, en nuestra biblioteca. Solíamos desear leerlo, ya hoy, ya mañana... Mas, ajetreos de política y de profesión, amén de tales o cuales urgentes lecturas de imprenta filosófica o sociológica, nos llevaban de acá para allá. Sin embargo, en este domingo de mayo, día nebuloso y húmedo, propicio al recogimiento en la tibia y pacífica atmósfera hogareña, hemos entrado por el mundo de «Los 21». Más todavía, tras de terminar de leerlo, en un solo y sostenido tirón de lectura grata y sugestiva, estamos anotando estas breves consideraciones.

Cuanto digamos es el resultado sencillo y sincero de la impresión y de las reflexiones que esta obra de d'Halmar deja, talvez en cada lector sin pretensiones de crítico fogueado e indiscutido.

En primer término, es este libro un paseo del lector por entre gente y por mundos cuya experiencia más o menos personal y directa tuvo Augusto d'Halmar. Claro está, se trata de gente de letras. Más todavía, de las buenas letras. Pero más aún, que no sólo ha sido gente de letras, sino que ha sabido sumergirse en los recodos de la vida sin reservas mutiladoras. No es procedente repetir en estas anotaciones la nómina de cuantos escritores son evocados por d'Halmar. No obstante, estaría bien señalar a algunos, con el epíteto con que los singulariza su evocador: *Anderson o el abuelo de todos; Ibsen, el maestro constructr;*